

tadas anticipadamente sobre el suelo extremeño; van marchitándose faltas de comprensión, de ayuda eficiente y de reconocimiento hacia los que las iniciaron y mantienen, sofocándoles con la acción corrosiva de la envidia o el resentimiento enfermizo; mientras otras regiones poco a poco se la van adelantando en el camino de unas realizaciones cuya trascendencia va cristalizando en una revalorización del sentido político de las mismas, y en una vigorización de su personalidad.

Los Indianos Extremeños, aquellos que como Hernán Cortés y Pizarro dejaron sus huesos y cenizas a la tierra en la que engendraron su obra; indudablemente esperan de nosotros un homenaje de exaltación parejo al que Cantabria ha tributado a los suyos, y ninguno mejor, opinamos, que la ocasión que va a brindarnos la entronización de la Imagen Sagrada de Nuestra Señora de las Villuercas en el Santuario del Tepellac, para gritar con el *vitor de Guadalupe* la Unidad de Fe, de Devoción y de Esperanza, que a sus herederos de ambas riberas del mar les anima y la efectividad que de nuestro soñado resurgimiento extremeño ha entrado en el camino de una acción eficaz con el nimbo glorioso de una tradición viva y venerada.

SUSCRÍBASE USTED

a la *COLECCION DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS*, de la que han aparecido, hasta ahora, los volúmenes siguientes:

- 1.—*Don Gutierre de Sotomayor, Maestro de Alcántara, (1400-1453)*, por Miguel Muñoz de San Pedro.
- 2.—*La vida en Cáceres en los siglos XIII y XVI al XVIII*, por Miguel A. Orti Belmonte.
- 3.—*Desde la lejanía (Poemas)*, por Alfonso Albalá Cortijo.
- 4 y 5.—*Historia del culto y Santuario de Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres*, por Miguel A. Orti Belmonte.
- 6.—*Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés*, por Francisco Elías de Tejada.
- 7.—*Extremadura y el franciscanismo en el siglo XVI*, por José Luis Cotallo, y
- 8.—*Tres escritores extremeños (Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio)*, por Francisco Elías de Tejada.

EVOCAION DE EXTREMADURA

Desde el solar de don Pelayo
hecho de nubes y de piedra.

Bajo el ahumado sol de un parque
blanco de niños y azucenas,
la soledad me busca el alma
y se perfuma mi tristeza.

Pámpanos de oro me levantan
desde mi sangre hasta mi tierra
y una carrera de alegrías
viene a mi pecho y lo despierta.

Siempre este clima astur tan denso
—masa de grises y tragedias—
me hace evocarte, Extremadura,
con tus corazas de epopeya.

Solo este clima. De la patria
van mil estampas en mis venas,
y es solo aquí donde te encuentro
pina de arrojos la cabeza.
Cumbre ambulante en el espacio
tras de la mina de una estrella...

Tiene este clima un yunque altivo
donde los sueños martillean
como en tu pecho, que te arrastra
con la ventura por bandera.

Aquí la esponja siempre verde
bebe una lluvia soñolienta.
Y se endurece el pensamiento
bajo los humos de las nieblas.

Son agridulces estas flores
como los besos de las penas;
como los sones de las gaitas,
como los vinos de sus fiestas.

Su sangre es rica: Recia y ágil
dora la entraña carbonera.
Zuga las ubres del Cantábrico.
Siega luceros en América.

¡Flor de los siglos!... De sus crines
es nuestra voz de independencía

tan erizada. Covadonga
es el impulso que nos lleva.

Hizo su llama en nuestra carne.
De Guadalupe está tan cerca
como el espíritu, del alma,
y el relicario de la gesta.

Somos espacio en carne viva...
Son torrenciales nuestras venas
para soñar y andar caminos
con una espada romancera.

¡Extremadura, Asturias!... Nervios
libres y agudos como flechas
para las dianas de la Historia;
¡para meter el sol en ella!

Un acusado igual os talla
con verticales de firmeza,
con sencillez cordial y prontos
de receloso ceño alerta.

Allá los cielos son tan altos
que alzan en vilo las arterias
hasta la gracia de la audacia.
Aquí la bruma se los niega,
y han de buscarlos mina adentro
al otro lado de la tierra.

Pero aquí tienen mar... Un hondo
cielo caído que caldea
con sus espumas agitadas
playas y rocas y conciencias.

Tú no lo tienes. Tus terrones
y tus encinas lo quisieran
ver a tus pies... Se contarían
—truenos y fuego—sus leyendas.

Tú no lo tienes. Te dejaron
entre montañas prisionera
para que bebas en tu espíritu
todo el hervor de tu grandeza.

Para que pulses tus silencios
donde las glorias se renuevan,
Extremadura. A tí sin mar
¡todos los mares te recuerdan!...

Asturias, Agosto de 1950.

MANUEL DELGADO FERNANDEZ

UN POETA DE LA MANCHA

JUAN ALCAIDE SANCHEZ

QUISIÉRAMOS tener aquí, sobre la mesa, como escogidas con pinzas, las palabras precisas que el «Aprendiz de hablista» va dejando sanas en nuestro diccionario, para poder decir, lisa y claramente, que este poeta de quien vamos a tratar no es de la Mancha por haber nacido en ella, aunque en ella haya nacido, sino porque lo es para su servicio, para dársele todo entero, apasionado y violento. Es el poeta de la Mancha porque, sin regatearle nada, a su servicio se ha puesto para hablar, por ella, al infinito.

EL ESCRITOR Y EL PAISAJE

Desde que los hombres del 98 se fijan en el paisaje para, llevándolo a sus escritos, enseñarlo a los demás, muchos son los escritores que han prestado atención a ese aspecto exterior de la Naturaleza.

Pero ¿existe el paisaje en la literatura? O, dicho de otro modo: el paisaje que en la literatura se nos da ¿es el verdadero? Poned a varios hombres en la cima de una colina, encaminando sus ojos hacia una misma anfractuosidad del terreno. Pedíles que os la describan, y os asombraréis de la desemejanza que en sus descripciones existe. Y, todavía, se os ofrecerá ocasión de observar lo siguiente: quizá aquella que menos se asemeje al paisaje sea la que más os subyugue, porque, tal vez, es la que más arte contiene. Porque así como no es mejor pintor el mejor retratista, sino el que más capta del estado psíquico del personaje retratado, así nos agradará más, no el paisaje que vemos, sino el paisaje que se nos sugiere. A todos nos gusta ser un poco creadores, y se nos proporciona una gran alegría cuando se nos pone en camino de completar un pensamiento, una frase, un motivo que nos permita imaginarnos capaces de dar vida a cualquier manifestación del espíritu.

El paisaje, pues, está ahí; pero no todos lo vemos. Hasta finales del siglo XIX, los hombres podían contemplarlo tranquilamente. Pero los Unamuno, los Azorín, los Baroja, que ya hacían sus viajes a una relativa velocidad, e intuían esta celeridad, esta inquietud, este atropellamiento de hoy, se dijeron: «Esto hay que fijarlo en alguna parte. De otro modo, día llegará en que no reparen en ello». Y se dieron a inventarlo. Esta es la palabra justa, que Laín emplea y con la que hay que estar de acuerdo. Porque si es verdad que el paisaje, imbricado sobre el accidente geológico, les da el motivo, cada uno hace el *suyo*. Más preciso y poético luego en Miró. Y más psicológicamente estudiado, años después, en Urabayan. Dos estilistas magníficos, si frecuentemente citado el primero, injustamente preterido el segundo.